LENITO ROBINSON-BENT

Dile que…

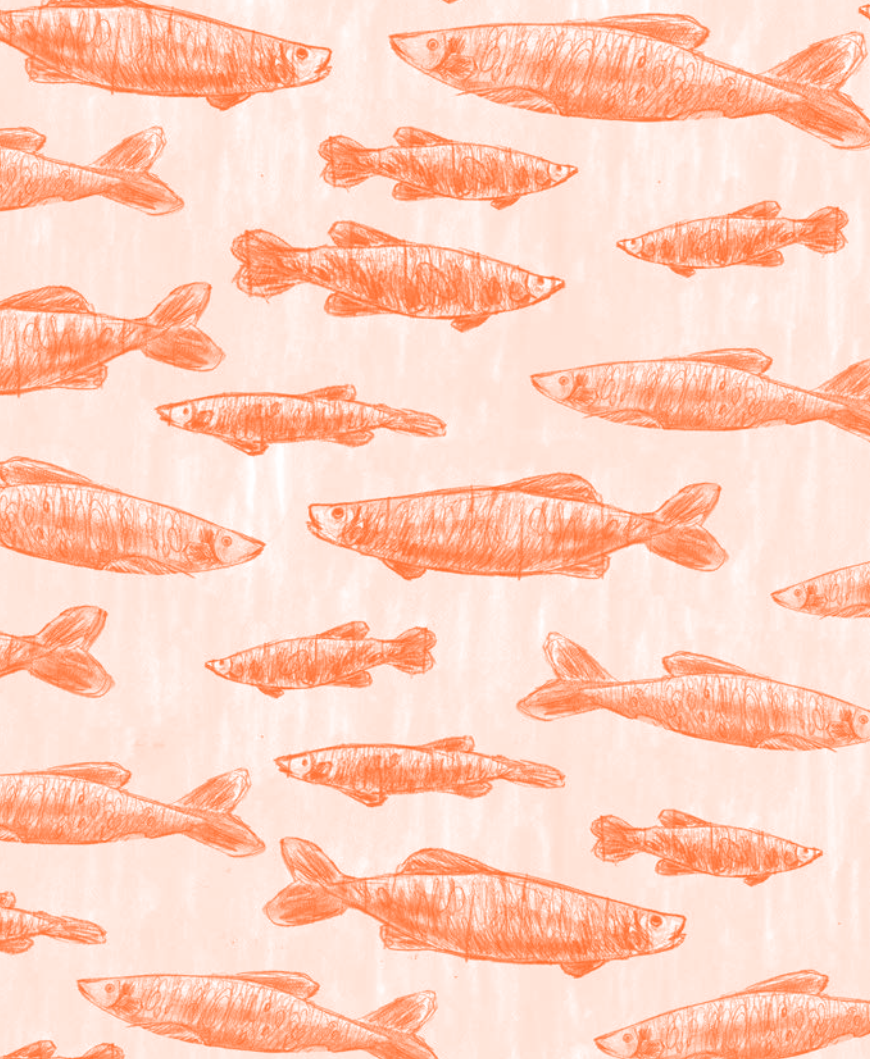
me morí de vieja

LaPropia

· Feria de editoriales antioqueñas ·

2022

El propio folletín - N.º 1



LaPropia

· Feria de editoriales antioqueñas ·

2022

Dile que... me morí de vieja

© del texto, Lenito Robinson-Bent
© de las ilustraciones, Juan Esteban Tobón Alzate
© de esta edición, Tragaluz editores y Editorial CES

Texto: Lenito Robinson-Bent
Ilustraciones: Juan Esteban Tobón Alzate
Diseño: Tragaluz editores S. A. S.
Impresión: Marquillas S. A.
ISBN 978-958-5463-58-5, ISBN 978-958-5463-59-2 (digital)

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Edición de distribución gratuita.

Casa Tragaluz
Calle 9 #43 c - 50. Medellín, Antioquia.
www.tragaluzeditores.com

LENITO
ROBINSON-BENT

Dile que...

me morí de vieja

Nota de bienvenida

Con esta primera entrega nace El Propio Folletín: una publicación que hace un homenaje a grandes escritores colombianos cuyos libros circulan con timidez en librerías y bibliotecas. Sus voces, alejadas del mercado editorial, hablan desde diferentes márgenes culturales y geográficas, y terminan por completar la imagen de un país que poco conocemos.

En cada edición de La Propia conoceremos una nueva obra. Se trata de una invitación

para investigar y ahondar en esos nombres que merecen integrar nuestro canon literario, porque nos ofrecen una experiencia que no solo aporta y diversifica nuestra vida como lectores sino como ciudadanos de un territorio que nos reclama una mirada comprensiva sobre una realidad compleja.

Dile que…

me morí de vieja

«Dile que... me morí de vieja». Estoy esperando con el lápiz sostenido a una cierta distancia del papel, mirándola fijamente con la esperanza de ver alguna señal de retractación, aguardando a que ella corrija la fórmula con la que introduce la carta. Se da cuenta de mi vacilación. «Eso mismo. Dile que me morí de vieja». Permanece inmóvil en la antigua

mecedora de mimbre mientras medita y sopesa cada palabra antes de dictarla. «Tal vez con esa frase logre deshelarle ese corazón de mármol». Yo me dispongo a transcribir la frase, cuando me interrumpe. «No pongas eso». No lo transcribo y quedamos en silencio: ella meditativa, yo expectante. «Dile que tengo noventa años, con un pie en la iglesia y el otro en el cementerio, y el corazón con él. Ya no veo casi nada, solo masas, masas grandes y amorfas rodeadas de sombras; tengo telarañas creciendo en los ojos. Dile que no recuerdo muy bien cómo es su cara; debe haber

cambiado mucho y no lo reconocería aunque no fuera cegata...». Una larga pausa, un suspiro profundo, otra pausa corta. «No escribas eso. Tengo que tratar de revolver el recuerdo para ver si encuentro algo útil para poner en esta última carta, porque tú te vas pronto y no habrá quién me haga otras líneas...

»Aquel domingo por la noche llegó corriendo a casa, casi sin aliento; tenía mucha prisa porque se embarcaba al alba. Tendría unos veintitrés años bien cumplidos y un sueño loco mal guardado. Dijo que quería escaparse del servicio

militar. Yo me opuse tajantemente a su decisión, sin embargo, él estaba dispuesto contra viento y marea a dejar atrás a su mujer, sus hijos y su madre; esa noche se embarcó al silencio. Prometió escribir y enviarme muchas cosas, promesa que cumplió sagradamente al comienzo de su ausencia, luego lo hizo de cuando en cuando, y ahora, nada. Nada. Dile... –me sobresalto por estar concentrado en el relato y distraído en sus gestos dignos de lástima– que su hijo mayor contrajo matrimonio, que el otro ya se fue de casa como él.

»Dile que la casa se me está cayendo encima, está podrida la madera y el techo gotea; cuando llueve duermo de pie en el rincón donde él tenía su cama, si aún lo recuerda; los lagartos anidan en la almohada donde pongo la cabeza; el verano, sol; el invierno, lluvia… Dile que estoy decrépita, ya no soy la madre grande y fuerte que cargaba con los tres hermanos cruzando el arroyo para llevarlos a la escuela. Tiene que venir a verme, me va a encontrar como una ciruela pasa llena de canas y caspas». Trato de moderar la expresión, ella percibe que yo vacilo otra vez. «Dile eso mismo». Sin arrepentimiento

lo escribo. «Pregúntale qué le he hecho para merecer tanto olvido. Todavía tengo limpia mi conciencia de buena madre. He perdido todo menos eso. Recuérdale que también le fui un padre tierno. Madre, padre y mártir en una sola víctima; sí, mártir del recuerdo del sufrimiento, de la espera. Dile que nunca le pude presentar a su padre sino por vagas descripciones. No porque no lo conociera, sino porque la voluntad de Dios me lo impidió». Hace una pausa larga mientras mira lejos sobre el mar como si escrutara los arrecifes lejanos para señalar algo, pero ya no ve nada. Y yo la miro callada y

fijamente; veo, en los bordes de sus ojos, por entre las pestañas canosas, dos gotitas de lágrimas que empiezan a descender lentamente. Hay una pausa larga.

«No escribas esto. Su padre salió una noche a pescar. Soplaba el viento del norte; yo dormía y soñé con él, cosa rara en ese tiempo. En el sueño escuché el ruido acostumbrado de los canaletes al ser descargados encima del techo de zinc de la cisterna; abrí la ventana y allí estaba él parado en el patio, vestía un viejo pantalón de paño negro y una camisa escocesa roja; estaba descalzo,

con la cara pálida y triste, y flotando a media yarda sobre el suelo. Me desperté a la deriva en un sudor espeso, y delirando de pesadilla. Me costó tiempo y trabajo llegar a acertar si fue un sueño o si fue de verdad que lo había visto y oído todo. Luego me quedé acostada, temblando, y así permanecí hasta el amanecer, pensando en él, esperándolo a sabiendas de que no volvería y, desde aquel día, aguardando sin esperar a nadie. Cuando los hijos crecieron, yo nunca encontré la forma de juntar las palabras para decirles cómo era su padre. Solo pude decirles que él era

bueno y los quería a todos… Aquí todo llega por mar y por mar se va.

»Dile que, si cree en Dios, por favor venga a verme, no por mí, sino por él. Que todos mis hermanos y hermanas se han muerto, los nietos se fueron de casa y me he quedado completamente sola en este mundo poblado de sombras. Ya no me acuerdo de casi nada. A veces me paso la noche entera buscando a tientas la cajita de fósforos para encender la linterna de queroseno, me voy tropezando con sillas, mesas, camas, y luego de la búsqueda infructuosa me acuesto en la oscuridad

para darme cuenta solo al día siguiente de que durante todo ese tiempo la tenía crispada en la mano. También estoy perdiendo la cabeza, confundo nombres con fechas y números con lugares.

»Dile que… anoche vino su padre –detengo el lápiz y la veo dormitando–. Dile que vino su padre con los canaletes al hombro y los sedales en la mano y los puso encima de la cisterna; llegó empapado y se metió en mi cama debajo de la cobija; dijo que tenía frío y sueño, se sentía solo. Preguntó por qué no has venido aún. Los dos queremos verte, pero mucho. Dile que… el pastor de

la escuela dominical pregunta por él, que repase las lecciones, que venga con los zapatos embolados...». La despierto de sus sargazos de delirio con el fin de avisarle sobre la terminación de la carta. Abre los ojos y asiente, con un movimiento de cabeza, sin mirarme. Comienzo a escribir en el sobre y veo que ella llora en silencio, sus dedos tiemblan sobre los brazos de la mecedora. Doblo el pliego de papel de la carta en cuatro, lo meto en el sobre y cuando procedo a cerrarlo ella me interrumpe con sus sobresaltos y su gesto consternado: «Se me olvidó algo... Dile que me

morí de vieja». «No se te olvidó –le digo cariñosamente– con eso mismo empezamos la carta».

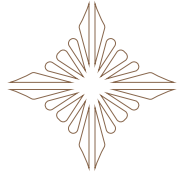
Isla de Providencia, Colombia, 11 de marzo de 1975

El escritor
Lenito Robinson-Bent (1956)

Nació en la isla de Providencia. Es escritor y traductor. Se graduó en Educación y Lenguas Modernas en Tunja, Boyacá, y cursó una maestría de Literatura Francesa en la Universidad de La Sorbona. Vive en Montreal, Canadá. La publicación de su libro *Sobre nupcias y ausencias*, en 1988, fue la génesis de la literatura isleña, ningún autor nativo había publicado hasta entonces.

El ilustrador
Juan Esteban Tobón Alzate (1992)

Nació en Medellín. Intentó estudiar música y artes plásticas, y finalmente se graduó como diseñador gráfico en la Colegiatura Colombiana. Sin embargo, su predilección por el dibujo lo regresó al camino del arte. Tiene su propia banda y toca el bajo y el ukelele. En 2016 ilustró para Tragaluz el libro de poesía *Escuela del silencio* y el fanzine *La marcha del renglón.*



La Propia es encuentro y celebración. Muchos lectores y entidades se unen a su propósito festivo para hacer eco y contribuir a que más personas la puedan disfrutar.

Gracias especiales a la **Universidad CES**, que por medio de su editorial nos apoya para la publicación de El Propio Folletín.

Nuestro agradecimiento se extiende a:

Acción Impro
Arclad
Café Retiro
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
CasaTinta
Casa Tragaluz
Comfama
Comfenalco Antioquia
Confiar en la Cultura
CUARTOPLANO
Grupo El Colombiano
Eventos del Libro Medellín 2022

Fundación Círculo Abierto
Fundación AURUM
Fundación Sofía Pérez de Soto
Gef
Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia
Librería Café El Licenciado S. A. S.
Los Propios Amigos
Marquillas S. A.
Ministerio de Cultura de Colombia
NumRot
Socoda
Plásticos Truher

Con esta publicación celebramos la tercera edición
de **La Propia**, feria de editoriales antioqueñas.
Se imprimió en Medellín, Colombia,
en mayo del 2022.

marquillas s.a.
industria gráfica • insumos para confección

Editorial CES

Universidad CES
Un compromiso con la excelencia